

XIV CONGRESO DE JESUITAS ECUMENISTAS

El XIV Congreso de Jesuitas Ecu­mé­ni­stas se ha reunido en Castellamare di Stabia, ciudad próxima a Nápoles, del 2 al 7 de julio de 1997. Se proseguía con esta nueva edición la serie de asambleas iniciada en Schönbrunn (Suiza) en 1966, sobre las cuales hemos ido informando regularmente en esta revista¹.

Unos 50 miembros de la Compañía de Jesús, procedentes de todos los continentes, participaron en las jornadas, que combinaron la presentación de ponencias y comunicaciones con la activa discusión de las mismas en grupos lingüísticos, la celebración de la liturgia en diversas lenguas y de una mesa redonda. Por lo que toca a la temática, en esta ocasión el horizonte ecuménico se amplió para abarcar aspectos del encuentro del cristianismo con otras religiones, tal como queda reflejado en el título de la convocatoria: *Unidad de las Iglesias en la pluralidad de las culturas religiosas*.

Se deseaba aprovechar las ricas y variadas experiencias efectuadas en algunas de las principales áreas religiosas para llevar a cabo una reflexión que beneficiara a todos e hiciera avanzar en la iluminación de un tema de tanta importancia y actualidad. Como señalaba en su discurso inaugural

¹ Cf. sobre la última convocatoria (Boston 1994): 'Nuevos impulsos para el compromiso ecuménico de los jesuitas', *Diálogo Ecu­mé­ni­co* 30 (1995) 83-95.

el P. Paolo Gamberini, profesor de la Facultad de Teología de Italia Meridional, acreedor de la máxima gratitud como entregado y meritorio organizador del congreso, las nuevas circunstancias históricas, la caída de barreras internacionales, la expansión del islam, las expectativas abrigadas en el umbral del año 2000 ofrecen tanto nuevos retos como nuevas oportunidades a la acción creyente sin distinción de credos ni confesiones. Pues «la transición desde el segundo al tercer milenio significa no sólo un movimiento dentro de 'un nuevo camino de ser cristiano' sino también un 'nuevo camino de vivir la religión'».

El P. Pieter-Hans Kolvenbach, Prepósito General de la Compañía de Jesús, envió un mensaje al congreso, que fue leído en la sesión de apertura del mismo. Manteniéndose alejado de todo triunfalismo, reconocía que el diálogo ecuménico pasa en estos momentos por una fase difícil, sobre todo por lo que toca a la relación con las Iglesias ortodoxas, como se acababa de mostrar dolorosamente en Graz. Pero también en las comunidades de la Reforma se puede observar un estancamiento en la «pasión por la unidad que el Señor desea».

En este «clima que ofrece pocos signos de esperanza» exhortaba el P. General a los jesuitas ecumenistas a «proponer algunas vías que contribuyan a hacer el servicio ecuménico de la Compañía más influyente, más consistente en su aplicación, y mejor integrado en el cuerpo apostólico» de la orden. El intercambio cognitivo de ideas y el reconocimiento de los dones y carismas vivos en las distintas comunidades deben constituir una significativa aportación en este sentido. Pero el P. Kolvenbach desea que también los jesuitas hagan suyas las palabras de Juan Pablo II cuando avisaba en la Encíclica *Ut unum sint* y repetía en vísperas de la asamblea de Graz, que «es necesaria una purificación de nuestra memoria histórica, unida a las heridas de un pasado confuso y en algunas ocasiones violento».

A estas consideraciones unía el P. General la sugerencia de una triple forma de responsabilización para todos los jesuitas: poner en marcha iniciativas que lleven a las comunidades locales y círculos ecuménicos el conocimiento y estudio crítico de los documentos procedentes del diálogo intereclesial y de sus importantes frutos, que por desgracia han sido muy insuficientemente recibidos y examinados en tales niveles. En segundo lugar algo que pertenece a la tradición

jesuítica desde los orígenes: una «rigurosa disciplina de comunicación» puesta al servicio de la difusión clara y sencilla de las verdades cristianas entre los fieles. Y por último, todo lo que se suele englobar bajo el término de «inculturación» o «contextualización»: despojar al cristianismo de la sospecha de tratarse de un asunto occidental o europeo, tomando más en consideración las situaciones culturales e históricas de la diversidad de regiones y al mismo tiempo dando un testimonio más convincente de unidad con todos los que predicán a Cristo en ellas. «Cuanto más estemos involucrados en el trabajo de construir comprensión, amor y cooperación en el interior de nuestra propia familia cristiana, tanto más creíble y coherente será nuestro testimonio ante los seguidores de otras religiones», concluía el P. Kolvenbach.

La primera ponencia estuvo a cargo del P. John Randy Sachs (Boston) bajo el título *Lest We Blaspheme Against the Holy Spirit: Perspectives for Ecumenical and Interreligious Dialogue*. Su intervención, dirigida a jesuitas cuyo servicio y energía para el trabajo ecuménico daba por supuesto que «están enraizadas en una experiencia de Dios en el Espíritu de Jesucristo cuyos discípulos y compañeros somos», se mantuvo en un nivel netamente dogmático. Partía del reconocimiento de una dolorosa realidad: junto con su esfuerzo por la proclamación del Evangelio, la Iglesia no siempre ha sido capaz de percibir la acción del Espíritu en ella.

El recurso al Espíritu se hace, hoy más que nunca, completamente imprescindible, a fin de que «despierte en nosotros un nuevo instinto aunque no hayamos elaborado todavía formulaciones teológicas que sean completamente adecuadas». La experiencia de la Iglesia es rica, pero ni siquiera desde ella y desde sus tradiciones doctrinales y rituales puede la comunidad de Cristo conocer de antemano por completo lo que es o significa la misión de evangelizar en cada nueva situación, con todos los retos de sus habituales percepciones y convicciones que ella comporta.

Tras referirse brevemente a las aportaciones del Vaticano II a este propósito, el ponente consagró el cuerpo principal de su exposición a presentar la contribución de la teología posconciliar de K. Rahner, en cuanto susceptibles de iluminar el tema tratado, sobre todo por lo que se refiere a su pneumatología y a una antropología fundada en ésta última. Así desfilaron, en apretada síntesis de las perspectivas del

renombrado teólogo, la revelación universal trascendental en el Espíritu, la mediación categorial en la historia de las religiones, la universalidad del Espíritu y la normatividad de Cristo, los desafíos planteados por el ecumenismo y el diálogo interreligioso y el elemento carismático de la Iglesia. De todo ello surge unos conceptos de revelación, de salvación e incluso de Iglesia y de la vida en ésta dotados de un dinamismo que los hace estar orientados hacia más allá de los límites de lo cristiano.

En su conclusión, el P. Sachs recurría una vez más a K. Rahner cuando en una conferencia pocos meses antes del Concilio indicaba en qué consiste prácticamente estar abiertos al Espíritu: cultivar una nueva imaginación, asumir riesgos y aprender experimentalmente, reinterpretar lo que significa «obediencia» a la Iglesia, tener el ánimo de afrontar diferencias y antagonismos y reconocer la pluralidad de dones y carismas.

El P. Arij A. Roest Crollius (Roma) enfocaba una situación concreta y conflictiva de relación entre las religiones en su ponencia *Jews and Christians: the First Ecumenical Question*. La planteó en forma de cuestiones para la reflexión colectiva, dotadas de abundante y sólida fundamentación bíblica y en concreto paulina. Varias de ellas se referían al puesto que quepa adjudicar todavía hoy, en el ámbito de la «alianza nueva y definitiva», a la primera alianza de Dios con el «pueblo escogido»; y eso quiere decir, en definitiva, al papel que incumba a éste, todavía ahora, en una historia de salvación de la que los cristianos no pueden fácilmente desentenderse apelando a su condición de hijos de la gracia y no de la ley.

El cuestionamiento del P. Crollius se ampliaba también al significado salvífico de la *umma* musulmana, invocando para ambos casos la autoridad de alguien a quien se vuelve mucho en nuestros días, como es Nicolás de Cusa. Es conocido que en sus obras de mayor resonancia en esta materia, el respetado cardenal no dudaba en considerar salvados a todos los creyentes en Abrahán, así como daba prioridad a mantener la «paz de la fe» y la «ley del amor», relativizando otros aspectos de las manifestaciones diversas de las religiones.

Naturalmente que todo esto tiene consecuencias en el terreno de la misionología, y el ponente distaba mucho de ignorarlo. También, pues, a este respecto surgen interrogantes acerca del objetivo y contenido del mensaje evangeliza-

dor de la Iglesia y del apoyo de éste, en cuanto dirigido a todos los pueblos, en la propia acción misionera de Cristo, que afirmaba haber sido enviado sólo a las ovejas perdidas de la casa de Israel.

Dos de las ponencias procedían del ámbito del Mediterráneo oriental, donde la convivencia de razas y religiones es connatural desde sus orígenes. El P. Henri Boulad (Alejandría) se refirió a *L'union des églises dans le contexte du dialogue interreligieux actuel* y el P. Victor Chelhot (Damasco) trató las *Problématiques actuelles de la reunification du Patriarcat grecque d'Antioche*. La primera contó con un fuerte peso experiencial a partir de las muchas relaciones y trabajos del orador en el ambiente egipcio y del Oriente próximo. Postulaba el ponente una conversión entendida como fomento de la imaginación para crear caminos de futuro, así como una revisión de los conceptos de poder, autoridad y verdad como base para afirmar el valor positivo de la pluralidad. La segunda trazó la historia, en sus principales episodios posconciliares, de la dramática visión existente desde 1724 en el interior del Patriarcado griego de Antioquía, que implica problemas como la comprensión, divergente en ambos sectores, de la comunión en la fe y la *communio in sacris*, y es agudizada por las reservas acerca de la manera cómo se ejerce el primado romano en particular por lo que respecta a la Iglesia oriental.

El tema del islam volvió a estar presente en la aportación de un experto conocedor del mismo, el P. Gerhard Bowering (New Haven [Puerto Nuevo], CT): *Islam at Prayer and at War*. Ya este solo título evoca la conflictividad que se da en la imagen del islam predominante en el mundo occidental: por una parte una religión de profundos valores y crecientemente atractivo, por otra un colectivo dominado por un fundamentalismo militante y cerrado a la asunción de los modernos valores seculares. La exposición situó competente-mente ambos aspectos en el marco en que se originaron, remitiendo a datos de la propia vida del profeta, especialmente su huida de la Meca a Medina, de tanta relevancia en muchos niveles, así como del desarrollo posterior de su religión.

Éstos ponen de manifiesto cómo las reglas de la *jihād* reflejan el *ethos* del islam en cuanto religión activa que tiene como objetivo consolidar el dominio de Alá por encima del

caos del mundo, mientras que la oración musulmana aparece como el instrumento más efectivo para moldear la mente religiosa de los individuos y, consiguientemente, resulta ser la práctica más importante para establecer el orden dentro de los confines del *dar al-islam*. Como consecuencia de esta estrecha relación, Mahoma transmitió a sus seguidores lo que para él mismo había sido de primordial importancia: «Las energías que habían sido canalizadas en su oración personal le condujeron a la *jihad* en el nombre de Alá, utilizando todos los medios a su alcance para afirmar y defender las certidumbres de su oración».

A una problemática muy distinta se asomó el trabajo del P. J. B. Banawiratma (Yogyakarta). *Ecumenism and Social Justice*. En ella llamó la atención sobre el equívoco que puede subyacer en la búsqueda de la unidad. La «auténtica armonía» no es un objetivo en sí mismo, ya que puede ser engañosa en la medida en que confirme el orden establecido y no implique una dinámica de cambio, protesta social, movimientos de liberación hacia un orden social más humano, justo y libre. La unidad pretendida, al aspirar a ser unidad en Cristo de sus discípulos sobre la tierra, debe incluir, por tanto, lo que toca a la misión que Cristo inició y sus discípulos están llamados a proseguir: no sólo con las palabras de la confesión, sino con los hechos que transforman el mundo. De aquí que «ser capaces de ser unos en Cristo y de glorificar a Dios en solidaridad respecto de y con el pobre, viendo en él el rostro contextual de Cristo, es la demanda urgente de la unidad ecuménica».

Partiendo de estos planteamientos, para los que encontraba también resonancia en los Ejercicios ignacianos, el orador detallaba aspectos concretos del servicio por la búsqueda de la justicia en los terrenos de las marginaciones y alienaciones económicas, culturales, sociales, políticas; campos que se interrelacionan y que demandan estrategias para afrontarlos. Pero no habría que deducir de aquí que la praxis cristiana se agota en el ámbito de lo social; en ella y a través de ella lo que realmente está en juego es la transformación de la Iglesia, base de todo progreso en el movimiento hacia la unidad ecuménica. Transformación supone «no dejarse estorbar por intereses y tradiciones, ser capaz y estar dispuesto a cruzar muros, cargar con los riesgos, curar heridas con paciencia; en definitiva, una conversión emocional, intelectual y moral». No se trata tampoco de renunciar a las propias

tradiciones, sus riquezas y sus fallos sino de desacralizarlas en orden a una fertilización decisivo y a la distinción relacional de Cristo y el 'no' a una tradición exclusiva de la Iglesia».

En su conclusión, el ponente apelaba a una «misión transcesal» que evitara el peligro de que las comunidades cristianas se convirtan en «tribus cristianas» alienadas. Más aún, las comunidades *intereclesiales* de base deberían abrirse hacia comunidades *humanas* de base, descritas como «pequeñas comunidades involucradas en actividades sociales para eliminar el sufrimiento, luchar por una sociedad justa y sustentar el desarrollo del pueblo y del medio ambiente». En definitiva, un ecumenismo que tienda a una aproximación en la unidad contextual y en la misión más bien que en la aproximación en la plenitud de la unidad. De esta manera se aseguraría y adquiriría expresión concreta el principio de que «el camino de la unidad ecuménica —ser unos en la vida y misión de Cristo— es ni más ni menos que el camino de ser Iglesia hoy».

La última ponencia del congreso estuvo a cargo del P. Nzuzi Bibaki (Kinshasa), quien abordó el tema *Apporti principali della cultura e religioni neroafricane all'ecumenismo*. La enfocó como una aplicación concreta del gran problema de la inculturación del cristianismo en las culturas negroafricanas, en cuanto ésta tiene o puede/debe tener repercusiones ecuménicas. Un primer punto buscaba precisar las nociones, especialmente las que constituyen los cuatro elementos culturales básicos de aquellos pueblos, como son la solidaridad-hospitalidad, la alegría de vivir, el valor de la palabra-diálogo y el espíritu religioso. Respecto de cada uno de ellos se rastreaban después las aplicaciones y transposiciones susceptibles de ser asumidas a fin de que los esfuerzos ecuménicos pudieran contar con un enraizamiento sólida en esta cultura.

Así, la solidaridad-hospitalidad de quienes comparten la misma sangre posee una relevancia en orden a la participación eucarística; de la alegría de vivir, experimentada sobre todo entre los más pobres, cabe extraer consecuencias hacia la promoción integral del hombre; la palabra-diálogo adquiere una virtualidad especialmente para favorecer la reconciliación; y el espíritu religioso, abierto a la existencia de un Ser absoluto y creador de todo, ayuda a reencontrar la unidad primordial de quienes reconocen el origen de su vida en un único y mismo Creador.

Tales fueron las líneas esenciales de las ponencias presentadas en este Congreso; quizá incluso esta relación tan extremadamente concisa pueda dar idea de su interés. Los temas cruzados en ellas y en los correspondientes diálogos encontraron una afortunada complementación en las *comunicaciones de algunos de los PP. asistentes*, de las cuales que-remos dejar al menos constancia nominal:

Michael Hurley (Dublín): *Forgiveness in Interchurch and in Interreligious dialogue*. Joseph Eagan (Larkspur, CA): *The Paul Wattson Ecumenical lectures series*. Edward Yarnold (Oxford): *Anglican-Lutheran Dialogue and the Catholic Church*. Thoma Rausch (Los Angeles): *Catholic-Evangelical Relations*. Ralph Woodhall (Harborne, GB): *African Independent Churches*. Sergio Katunarich (Milán): *Christian Churches and the Dialogue with Israel*.

Mencionemos, por último, a los *participantes en la mesa redonda*, con los temas de sus respectivas intervenciones:

Albert Poule-Mathis (Taipei): *Dialogue with Buddhist*. Tom Michel (Roma): *Asiatic Ecumenical Activity*. Francis J. Buckley (San Francisco): *Dialogue with World Religions*. Aloysius Pieris (Sri-Lanka): *Interreligious Dialogue: An Asian Paradigm*.

Siguiendo la habitual rotación entre continentes, la asamblea conclusiva del congreso acordó que la próxima edición tendrá lugar en Kerala (India) en 1999.

José Joaquín ALEMANY BRIZ SJ
Universidad Comillas
Madrid

SUMMARY

The author describes the development of the Congress of Jesuit Ecumenists held in Castellamare di Stabia near Naples (2nd-7th July 1997) on the theme «Unity of the Churches in the plurality of religious cultures».